

HACIA EL GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000

Discursos de Juan Pablo II en el Consistorio extraordinario de cardenales (13-6-94)

1. Doy mi cordial bienvenida a todos vosotros, venerables hermanos, que, como miembros del Colegio Cardenalicio y en respuesta a mi invitación, os habéis congregado hoy en Roma con ocasión de un Consistorio extraordinario. Los motivos de esta convocatoria os han sido ya señalados en la carta de invitación. Deseo solamente poner de relieve que el presente encuentro extraordinario de vuestro Colegio es el quinto de la serie: El último tuvo lugar en abril de 1991.

Los cardenales tienen una relación particular, que podría denominarse constitucional, con la Iglesia que está en Roma. Quiero, por tanto, iniciar mi reflexión con una mirada sobre la Urbe, que en los últimos decenios, como realidad civil y eclesial, ha incrementado considerablemente su solidez. Han surgido numerosas parroquias nuevas. Justamente por este motivo han sido edificadas numerosas iglesias nuevas. Por mi parte, pretendo visitarlas parroquias de Roma —por término medio 15 durante el año— en el período que transcurre desde la solemnidad de Todos los Santos hasta Pascua. Con la ayuda de Dios, hasta ahora he podido cumplir este mi cometido pastoral en 233 parroquias sobre 323, reuniéndome de forma directa con los diversos componentes del Pueblo de Dios.

Un acontecimiento importante a lo largo de los últimos años ha sido el Sínodo Romano, que he podido clausurar en la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo del pasado año. Deseo expresar mi gratitud al cardenal Ugo Poletti y a su sucesor, el cardenal Camillo Ruini, al arzobispo vicegerente y a los obispos auxiliares por la feliz realización de este hecho tan importante para el compromiso pastoral de la diócesis.

Se ha tratado de implicar a toda la comunidad católica de la ciudad eterna: El clero, los institutos religiosos y los laicos. Se ha llevado a cabo también un «estudio de la ciudad», tanto de su pasado como de los problemas de hoy.

Las relaciones entre la Sede Apostólica y las autoridades de la capital y del Estado italiano están caracterizadas por la cordialidad y por el mutuo respeto. La reforma del sistema de remuneración del clero está produciendo significativos resultados y gracias a la generosidad de la comunidad nacional en su conjunto, el Episcopado italiano puede hacer frente de forma significativa tanto a las misiones como a las necesidades de las Iglesias en dificultades, tanto en Europa como en los demás continentes.

Programa de preparación

2. Finalidad principal de este Consistorio es, sin embargo, la preparación del año jubilar del 2000. Como he subrayado en el memorándum enviado a cada uno de vosotros, dicha preparación está en marcha desde hace varios años. Su momento culminante ha sido, seguramente, el Concilio Vaticano II. El programa de este itinerario de preparación deberá tener, por tanto, como criterio fundamental, la materialización de las orientaciones conciliares. Bajo este aspecto, en lo que concierne a la Sede Apostólica, se han adoptado diversas iniciativas, entre las cuales destaca la promulgación de la Constitución Apostólica *«Pastor bonus»*, relativa a la reorganización de la Curia Romana. De conformidad con la orientación pastoral del concilio, con ella se ha pretendido poner remedio de forma coherente y eficaz a los problemas y a las necesidades del actual momento histórico.

El primer organismo de la Curia Romana es la Secretaría de Estado que, en las dos secciones en las que está dividida, está llamada a «colaborar de cerca con el Sumo Pontífice en el ejercicio de su suprema misión» (*Pastor bonus*, art. 39). Al señor cardenal Angelo Sodano, que eficazmente la preside, vaya mi sincero agradecimiento por el cotidiano interés que le presta. El agradecimiento, acompañado de cordial estima por la intensa actividad se extiende tanto al arzobispo monseñor Juan Bautista Re y a los colaboradores de la Sección para los Asuntos generales, ocupada

preferentemente de las cuestiones relativas a la vida «ad intra», de la Iglesia, como al arzobispo monseñor Juan Luis Tauran, que con los colaboradores de la Sección para las Relaciones con los Estados se ocupa sobre todo de los problemas de la vida «ad extra» de la Iglesia. Al respecto es importante poner de relieve que en el último período ha aumentado el número de los Estados con los que la Sede Apostólica mantiene relaciones diplomáticas: Comprendiendo Estados surgidos después de la disolución de la Unión Soviética, como los Países Bálticos, Bielorrusia, Ucrania, Georgia, Armenia, Azerbaiján, Kazajistán, Kirgistán y Uzbekistán. El número total se eleva actualmente a 151. Es obligado, además, subrayar las relaciones iniciadas con la Federación Rusa.

Consiguientemente, ha aumentado también el número de las representaciones apostólicas en el mundo. Tras los acontecimientos del año 1989, en particular, era necesario que se abrieran nuevas nunciaturas en Europa del Este, en Asia y en el Medio Oriente. En este contexto merece particular mención la normalización de las relaciones con el Estado de Israel: Es igualmente digno de notar el establecimiento de relaciones diplomáticas con el reino de Jordania, como también el desarrollo significativo del diálogo con la Organización para la Liberación de Palestina. En lo que respecta a la China Continental y al Vietnam, la Santa Sede trabaja intensamente y bajo diversas fórmulas para que se puede llegar a una normalización de las relaciones.

3. Un acontecimiento de gran importancia para la vida de la Iglesia ha sido últimamente la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, esperado desde hacía mucho tiempo, y de la encíclica *Veritatis splendor*. Publicada en el otoño del pasado año, la encíclica ha sido traducida ya en diversas lenguas y se difunde despertando un interés muy amplio. Los dos textos responden a una exigencia de importancia esencial: Era urgente preparar una exposición clara y actualizada de los fundamentos mismos de la enseñanza de la fe y de la moral cristiana, especialmente para los seminarios y para las facultades teológicas. Deseo expresar ante esta Asamblea mi agradecimiento al señor cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y a sus colaboradores por la contribución prestada en la preparación de ambos documentos.

Si la recepción del Catecismo y de la encíclica *Veritatis splendor* ha sido sustancialmente muy positiva, parte del mérito debe atribuirse a la

actividad del mundo periodístico que frecuenta la Sala de Prensa de la Sede Apostólica, recibiendo de ella informaciones sistemáticas tanto sobre los acontecimientos concernientes a la vida de la Iglesia como sobre los documentos por ella publicados. En la actualidad los obispos del mundo entero pueden ser oportunamente informados sobre la vida y la actividad de la Sede Apostólica y de toda la Iglesia. Ello tiene lugar también gracias a la Radio Vaticana y al «Osservatore Romano» que desde hace muchos años llevan a cabo en su ámbito este laudable trabajo.

4. El Concilio Vaticano II ha atraído la atención de los creyentes sobre algunos problemas candentes de nuestros tiempos. La parte segunda de la constitución *Gaudium et spes* los relaciona en el orden siguiente: Matrimonio y familia, cultura, comunidad política e internacional, economía, justicia y paz. Para abordarlos de forma adecuada se ha hecho necesaria la creación de nuevos organismos de la Sede Apostólica, los cuales, ordinariamente, tenían el carácter de Secretariados, mientras que posteriormente han asumido el estatuto de Pontificios Consejos. Es mi deseo dar las gracias aquí a sus presidentes por la preciosa contribución de los respectivos dicasterios a la vida de la Iglesia: Al señor cardenal Eduardo Pironio, presidente del Consejo para los Laicos, al señor cardenal Edward Cassidy, presidente del Consejo para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, al señor cardenal Alfonso López Trujillo, presidente del Consejo para la Familia, al señor cardenal Roger Etchegaray, presidente del Consejo de la Justicia y de la Paz y del Consejo «Cor Unum», al señor cardenal Fiorenzo Angelini, presidente del Consejo de la Pastoral para los Agentes Sanitarios, al señor cardenal Francis Arinze, presidente del Consejo para el Diálogo Interreligioso, al señor cardenal Paul Poupard, presidente del Consejo de la Cultura, al arzobispo Giovanni Cheli, presidente del Consejo de la Pastoral para los Migrantes y los Itinerantes, al arzobispo Vincenzo Fagiolo, presidente del Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos y, finalmente, al arzobispo John Patrick Foley, presidente del Consejo de las Comunicaciones Sociales.

Una palabra de gratitud dirijo también al prefecto de la Casa Pontificia, el obispo Dino Monduzzi, y al maestro de las celebraciones litúrgicas, Mons. Piero Marini, de cuyo compromiso depende el buen desarrollo de las audiencias y de los encuentros de oración.

Una acción de gracias también al cardenal Virgilio Noe tanto por su entrega en lo que se refiere a la Basílica de San Pedro como por su condición de vicario mío para la Ciudad del Vaticano.

Importancia de los dicasterios

5. Cada uno de los dicasterios y organismos mencionados desarrolla un papel importante e insustituible en el conjunto de los cometidos de la Sede Apostólica. Querría, sin embargo, poner de relieve de forma especial algunos campos de intervención, que en la actualidad parecen particularmente importantes en la vida de la Iglesia.

Ante todo, ¿cómo no llamar la atención sobre las preciosas iniciativas en favor de la justicia y de la paz emprendidas por el señor cardenal Roger Etchegaray y en los países que están sufriendo agudas dificultades? Gracias al Consejo «Cor Unum» dichas intervenciones han tomado la forma de una ayuda concreta para los más necesitados.

Como se desprende del memorándum enviado a vosotros anteriormente, el diálogo ecuménico, con toda la actividad que se deriva de él en favor de la unidad de los cristianos, es una de las tareas fundamentales de la Iglesia en la perspectiva del año 2000. A pesar de las opiniones de los que hablan de un estancamiento en este campo, el compromiso ecuménico conserva íntegro su dinamismo. Quiero solamente subrayar un hecho muy elocuente: Este año, por primera vez, el vía crucis que tuvo lugar en el Coliseo, fue celebrado con las meditaciones preparadas por el Patriarca Ecuménico de Constantinopla. Al contrario, un acontecimiento que recientemente ha constituido un serio obstáculo en el camino hacia la unidad ha sido, indudablemente la decisión de la Iglesia anglicana de proceder a la ordenación sacerdotal de las mujeres. Es un hecho que proyecta ulteriores sombras sobre las ordenaciones sacerdotales en la comunidad anglicana, sobre las cuales ya se pronunció el Papa León XIII en la encíclica *Apostolicae curae*.

El diálogo se amplía y se desarrolla también con las religiones no cristianas. Y aquí querría decir que, en lo que se refiere a las relaciones con los musulmanes, no faltan, por desgracia, incomprensiones y dificultades incluso notables, debidas acaso a los graves problemas sociales y políticos con los que deben enfrentarse algunos países de mayoría

islámica. Existen países musulmanes en los que los cristianos no tienen todavía la posibilidad de profesar públicamente la propia fe y esto contrasta claramente con el respeto de los derechos humanos. A la luz de lo expuesto, la autorización de las autoridades italianas para la construcción de la mezquita en Roma constituye para todos una clara invitación a la reflexión.

En lo que se refiere a la dimensión pastoral, en los últimos años se han demostrado altamente significativas las Jornadas Mundiales de los Jóvenes para una consecuente y progresiva animación de la Pastoral de la juventud. Las reuniones mundiales con los jóvenes, cuya organización está confiada al Pontificio Consejo para los Laicos se han celebrado hasta ahora en Roma, en Buenos Aires, en Santiago de Compostela, en Jasna Gora y en Denver. La próxima tendrá lugar en Manila (Filipinas), en enero del año 1995. Son encuentros que implican en gran medida a los Episcopados, a los pastores y sobre todo a los mismos jóvenes, por los cuales se pone en evidencia la sorprendente apertura a Cristo y al Evangelio.

Movimiento sinodal

6. Me dirijo ahora al decano del Colegio Cardenalicio, al señor cardenal Bernardin Gantin, para darle las gracias por las palabras que acaba de dirigirme en nombre de todos los presentes. El es también prefecto de la Congregación para los Obispos y, como tal, desarrolla un generoso trabajo para el bien de la Iglesia; también por esto le hago llegar mi sincera gratitud. La Congregación para los Obispos, de acuerdo con la tradición, de su estructura territorial, de los nombramientos de los obispos y de los aspectos relacionados con sus jubilaciones.

En este punto es necesario poner de relieve el funcionamiento de los grupos colegiales de los Episcopados en todos los continentes, como por ejemplo, el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), el Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (CCEE), el Simposio de las Conferencias Episcopales de Africa y de Madagascar (SCEAM), y la Federación de las Conferencias Episcopales de Asia (FABC).

En los últimos años se ha desarrollado ampliamente en la Iglesia el movimiento sinodal. Llegan informaciones sobre el desarrollo de muchos

sínodos diocesanos provinciales o nacionales. Una atención especial, sin embargo, merecen los sínodos continentales. Tal ha sido, por ejemplo, el Sínodo de los Obispos de Europa, y posteriormente el Sínodo de los Obispos de Africa, clausurado el 8 de mayo pasado. Tal será también el Sínodo en el Líbano, que en cierto sentido se propone como el Sínodo de los Obispos del Medio Oriente. En la perspectiva del año 2000 se prevé el Sínodo de los Obispos de ambas Américas: La del Norte y la del Sur, como también el Sínodo de los Obispos de Asia y del Extremo Oriente. Aquí mi pensamiento agradecido se dirige hacia el arzobispo Jan Schotte, secretario general del Sínodo de los Obispos, por su generoso servicio en el ámbito de la dimensión eclesial de la vida de la Iglesia.

7. Los países de misión permanecen confiados a los ciudadanos de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. A este respecto, dirijo mi acción de gracias a su prefecto, el señor cardenal Joseph Tomko por el trabajo lleno de entrega hasta ahora desarrollado. Esta Congregación a la que corresponde «dirigir y coordinar en todo el mundo la labor misma de la evangelización de los pueblos y la cooperación misionera» (Const. Ap. Pastor bonus, art. 85) en sus territorios erige y divide las circunscripciones misioneras de acuerdo con las oportunidades: Preside el gobierno de las misiones y examina todas las cuestiones y los informes enviados por los ordinarios de las representaciones pontificias y de las Conferencias Episcopales, fomenta la vida cristiana de los fieles y la disciplina del clero como también todas las asociaciones caritativas y de acción católica; y, por último, vigila sobre la mejor andadura de las escuelas católicas y, de forma particular, de los seminarios. Ambito importante de la actividad de su incumbencia es el de las Pontificias Obras Misionales que llevan una ayuda extraordinariamente preciosa a los países de misión. La encíclica *Redemptoris missio* ha querido dar testimonio de que el impulso de la actividad misionera de la Iglesia en nuestros días no solamente no se debilita, sino que, más bien, aumenta su fuerza.

Un ámbito propio ocupan las Iglesias católicas orientales. Aquí mi gratitud se dirige hacia el señor cardenal Achille Silvestrini, prefecto de la Congregación correspondiente. Las Iglesias orientales son expresión de la aspiración a la unidad con Roma. Contra ellas se lanzan hoy injustas acusaciones de «uniatismo» o de proselitismo. Es necesario, en cambio, expresar satisfacción por el hecho de que, por el camino del diálogo

ecuménico, se ha podido plantear en los justos términos la cuestión de las Iglesias católicas orientales y definirla en conformidad con el decreto conciliar *Orientalium Ecclesiarum*.

8. La Congregación para el Clero dirige su atención a la vida y a la actividad pastoral de los presbíteros, como también a la formación permanente del clero. El Sínodo de los Obispos dedicado al problema de la educación de los futuros sacerdotes y la exhortación postsinodal *Pastores dabo vobis*; constituyen, para dicha actividad, los esenciales puntos de referencia. Recientemente, además, la Congregación ha publicado un oportuno «Directorio para el Ministerio y la Vida de los Presbíteros». También yo por mi parte, pretendo dirigir a los sacerdotes cada año una carta especial con ocasión del Jueves Santo. La Congregación promueve con particular diligencia el despertar de las vocaciones sacerdotales, cuyo número registra, sobre todo en algunas partes del mundo, un incremento significativo. A este propósito es interesante subrayar que la «geografía» de las vocaciones sacerdotales, cuyo número registra, sobre todo en algunas partes del mundo, un incremento significativo. A este propósito es interesante subrayar que la «geografía» de las vocaciones se desplaza hacia los países de misión. Al señor cardenal José Sánchez prefecto de la Congregación para el Clero, dirijo aquí una especial acción de gracias por su trabajo en tan importante sector de la vida eclesial.

A la cuestión de la formación de los futuros presbíteros se une estrechamente la de las escuelas y de las universidades católicas. Este es el campo de acción de la Congregación para la Educación Católica. Esta cuida del buen funcionamiento de las escuelas y de las universidades católicas como también de la coherencia con su identidad específica. Justamente bajo esta perspectiva, hace algunos días dicha Congregación ha publicado, de acuerdo con los dicasterios interesados, un documento sobre la «presencia de la Iglesia en la universidad y en la cultura universitaria». Agradezco cordialmente al señor cardenal Pío Laghi sus esfuerzos en este delicado ámbito.

Para el compromiso eclesial de los Institutos religiosos y de los institutos laicos, reviste particular importancia el Sínodo de los obispos de este año, dedicado a la vida consagrada. En cierto sentido, dicho sínodo es la lógica continuación de aquellos otros anteriores dedicados a los temas del sacerdocio y del laicado. Al dar las gracias por sus fatigas en

este campo al señor cardenal Eduardo Mantínez Somalo, prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, expreso el augurio de que el próximo sínodo de los obispos sea para la Iglesia germen de renovación y ocasión de relanzamiento de la Pastoral en favor de las vocaciones religiosas.

En el centro de la vida de la Iglesia está indudablemente, la liturgia. El proceso de renovación litúrgica según el espíritu del Concilio Vaticano II continúa. Lo dirige, cuidando del mismo, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Expreso mi gratitud a su prefecto, al señor cardenal Antonio María Javierre.

Una cordial palabra de gratitud quiero dirigir también a los Tribunales de la Santa Sede, que se ocupan de la administración de la justicia en la Iglesia en foro interno y externo. Mi agradecimiento se dirige, pues, al señor cardenal William Wakefield Baum, penitenciario mayor, al arzobispo monseñor Gilberto Agustoni, pro-prefecto del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica, a monseñor Mario Francesco Pompedda, decano del Tribunal de la Rota Romana.

Mayor transparencia económica

9. Un específico sector de la actividad de la Sede Apostólica es el administrativo-económico, que sigue encomendado a los cuidados de la Secretaría de Estado y de los dicasterios de carácter administrativo relacionados con ella. Al señor cardenal Rosalío José Castillo Lara expreso aquí mi gratitud por el importante servicio que presta a la Sede Apostólica. Con motivo del empleo de un número elevado de personas laicas, ha sido necesario crear una correspondiente Oficina del Trabajo, para responder a las necesidades de los empleados y también para resolver eventuales controversias de trabajo. Este problema tiene ya su historia. Ya en el año 1984 publiqué una carta sobre la especificidad del trabajo en los organismos de la Sede Apostólica. La actividad de la mencionada Oficina tiende a la mejora del sector, dando seguridad a los empleados, especialmente laicos, y ofreciendo una respuesta adecuada a sus eventuales peticiones.

Sobre el conjunto de las cuestiones administrativo-económicas, cuida la Prefectura de los Asuntos Económicos de la Santa Sede, creada ya

por el Papa Pablo VI, y en la actualidad dirigida por el señor cardenal Kasimir Szoka. Le expreso mi cordial agradecimiento por el trabajo que desarrolla. Doy las gracias también a los señores cardenales, que forman parte del Consejo para los problemas económicos y organizativos de la Santa Sede. Se trata de un grupo de trabajo bastante importante para hacer más comprensible la actividad económica de la Sede Apostólica, para la programación de los gastos y para la promoción de las ofertas de los fieles que llegan bajo la forma tradicional «Obolo de San Pedro». Me parece que en todo el sector administrativo-económico tras un período en el que han surgido algunas inquietudes, explotadas quizá de forma arbitraria por ambientes mal dispuestos hacia la Iglesia, ha vuelto ahora una cierta tranquilidad. Ello pone en evidencia que la reorganización introducida en este campo está dando ya sus frutos. De la misma manera, incluso en lo que respecta al Instituto para las Obras de Religión, tengo la impresión de que, tras la introducción de oportunas modificaciones estructurales, se manifiesta en la opinión pública una mayor comprensión de su actividad. Es evidente que la Iglesia vive de las aportaciones de los fieles. La sede Apostólica es deudora respecto a la generosidad internacional que en los últimos años se ha incrementado realmente. A ello ha contribuido, sin duda, el haber otorgado mayor transparencia a los balances, facilitando una información más precisa sobre las estructuras administrativas de la Santa Sede y de sus actividades. Ha llegado el momento de desmentir las habladurías que a veces giraban en torno al tema de las grandes riquezas ocultas del Vaticano. La verdad es muy distinta. En realidad, debemos dar gracias a la divina Providencia, porque la Iglesia se ajusta en este campo a las normas heredadas de los apóstoles. Acaso, mejor que ninguna otra, es comprendida por los fieles la necesidad de aportar la propia contribución en favor de las misiones. Aprovecho esta oportunidad para manifestar ante los señores Cardenales de todo el mundo aquí presentes un agradecimiento particular por esta múltiple generosidad.

Reconocimiento de las culpas

10. Sobre el fondo de la actividad de la Santa Sede así delineada, pido a los señores cardenales que tomen la palabra a propósito de los

preparativos con miras al Gran Jubileo del Año 2000. Cada uno de los presentes puede ofrecer una importante contribución teniendo como base las propias experiencias y las expectativas del país o de la región del mundo que representa. Solamente y una vez más querría llamar la atención sobre una dimensión de la vida de la Iglesia, que merece un particular relieve en el programa de preparativos para el año 2000. Como cualquier otro siglo en la historia de la Iglesia, también el nuestro ha dado numerosos santos y beatos, y especialmente muchos mártires. En el memorándum ya citado sobre el tema de la preparación para el Gran Jubileo he subrayado la oportunidad de preparar un martirologio contemporáneo que tenga en cuenta todas las Iglesias locales y ello en una dimensión y perspectiva incluso ecuménica.

Se dice a veces que hoy se producen demasiadas beatificaciones. Pero esto, además de reflejar la realidad, que por gracia de Dios es la que es, corresponde también al deseo expresado por el Concilio. El Evangelio ha alcanzado tal difusión en el mundo y su mensaje ha echado tan profundas raíces, que justamente el gran número de beatificaciones refleja brillantemente la acción del Espíritu Santo y la vitalidad que de El brota en el campo más esencial para la Iglesia, el campo de la santidad.

En efecto, ha sido el Concilio el que ha prestado un relieve particular a la llamada universal a la santidad. En este campo, sin embargo, una vez más se debe registrar una desproporción entre las Iglesias de la antigua evangelización, cuya historia se cuenta por milenios, y las Iglesias jóvenes. Al mismo tiempo, debe subrayarse que las Iglesias jóvenes tienen una necesidad particular de la señal de la santidad, para testimonio de su madurez espiritual en el seno de la comunidad universal. El estudio de las cosechas de santidad madurada en el campo de Dios constituye el objeto de un intenso trabajo de la Congregación para las Causas de los Santos, y por este enorme trabajo doy las gracias cordialmente al señor cardenal Angelo Felici.

11. El Concilio Vaticano II en su constitución *Lumen gentium* dedica el último capítulo a la Madre de Dios como Madre de la Iglesia, y habla de su particular presencia en la vida de los fieles en analogía con su presencia en la vida de Cristo. No puedo terminar esta intervención mía ante el Colegio Cardenalicio sin dar testimonio de la peculiar y maternal presencia de María, por mí mismo experimentada a lo largo

de toda mi vida, y sobre todo como Obispo de Roma. En este momento, mi pensamiento se traslada en peregrinación a los santuarios marianos en el mundo que me ha sido permitido visitar. Es una peregrinación que comienza en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en México. Allí en efecto, se inició el camino de mi ministerio petrino orientándose después por la senda que conduce al corazón de América, tanto meridional como septentrional. En lo que respecta al continente europeo, todos releemos continuamente el mensaje de la Virgen de Lourdes, que es una exhortación a la oración y a la conversión, y las lágrimas de la Virgen de La Saletta frente a los grandes peligros espirituales de nuestros días. A mí, personalmente, me ha sido dado comprender, de forma particular, el mensaje de la Virgen de Fátima: La primera vez el 13 de mayo de 1981, en el momento del atentado contra la vida del Papa, después incluso hacia el final de los años ochenta, con motivo del hundimiento del comunismo en los países del bloque soviético.

Pienso que se trata de una experiencia bastante transparente para todos. Tengamos confianza en que la Virgen Santa, la cual camina delante del Pueblo de Dios peregrino a lo largo de la historia, nos ayudará a superar las dificultades que, después del año 1989, no han cesado, en efecto, de estar presentes en las naciones de Europa y de los demás continentes. Confiamos en que la Madre de Dios nos ayudará a alejar todos los peligros, especialmente los que se han manifestado con ocasión del conflicto en los Balcanes. A su intercesión nos encomendamos incluso por el compromiso de conseguir que florezca de nuevo la paz en los países africanos, probados por las guerras fratricidas, y a Ella le confiamos en particular la tierra de Ruanda, pidiéndole que ayude a sus habitantes en el camino hacia la reconciliación y hacia la recuperación de la solidaridad y de la colaboración.

Al término de estas mis palabras, una vez más, exhorto a tener confianza en que, de acuerdo con la lógica de su coración maternal, Ella nos ayudará a encontrar los caminos del recíproco acuerdo entre el Occidente católico y el Oriente ortodoxo. En la perspectiva del año 2000 éste es, quizá, el cometido más grande. No podemos presentarnos ante Cristo, Señor de la historia, tan divididos como hemos estado desgraciadamente a lo largo del segundo milenio. Estas divisiones deben ceder el paso al acercamiento y a la concordia; deben quedar cicatrizadas las heridas producidas en el camino de la unidad de los cristianos.

Ante este Gran Jubileo la Iglesia tiene necesidad de la «metanoia», es decir, del discernimiento de las carencias históricas y de las negligencias de sus hijos respecto a las exigencias del Evangelio. Solamente el reconocimiento valiente de las culpas y también de las omisiones de las que los cristianos, en cierto modo, se han declarado responsables, como también el generoso propósito de ponerles remedio con la ayuda de Dios, pueden dar eficaz impulso a la nueva evangelización y hacer más fácil el camino hacia la unidad. Aquí está, en efecto, el núcleo esencial de nuestra misión de acuerdo con la explícita palabra del Maestro, en el momento en que se disponía a enfrentarse con los acontecimientos dramáticos de la Pasión: «Para que todos sean uno. Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21).

*(Texto facilitado por la Sala de Prensa
de la Santa Sede; 13-6-94; original
italiano; traducción de ECCLESIA)*

LA FAMILIA, SEMILLA DEL ESPIRITU MISIONERO

Mensaje Pontificio para el Domund'94

La Iglesia, enviada a todo el mundo para anunciar el Evangelio de Cristo, ha dedicado el año 1994 a la Familia, orando con ella y por ella, y reflexionando sobre los problemas que le afectan. También en este Mensaje que, como todo los años, dedico al DOMUND, deseo referirme al tema de la Familia, consciente de los estrechos vínculos que median entre la misión de la Iglesia y la Familia.

El propio Cristo eligió una familia humana como ámbito para su encarnación y para prepararse a la misión que le confiaba su Padre celestial. Cristo, además, constituyó una nueva familia —la Iglesia— para que prolongara su acción de salvación universal. La Iglesia y la Familia, en la perspectiva de la misión de Cristo, manifiestan así una mútua relación y unos objetivos convergentes. Si todo cristiano es corresponsable de la actividad misionera porque ésta es constitutiva de la Familia eclesial a la que, por gracia de Dios, todos pertenecemos (cf. *Redemptoris Missio*, 77), con mayor razón ha de sentirse solícita del impulso misionero la familia cristiana en cuanto tal ya que se apoya en un sacramento específico.

El amor de Cristo, que consagra la alianza conyugal, es también fuego siempre encendido que impulsa a la evangelización. Cada miembro de la familia, en sintonía con el Corazón del Redentor, está llamado a comprometerse en bien de todos los hombres y mujeres del mundo, manifestando su «*solicitud tanto por los que están lejos como por los que le son próximos*» (*Redemptoris Missio*, 77).

Es este amor el que empuja a los misioneros a anunciar con celo y perseverancia la Buena Nueva «*a los gentes*» y a dar testimonio de la misma con la entrega de sus personas, a veces incluso con el supremo gesto del martirio. El único objetivo de todo misionero es anunciar el Evangelio a fin de edificar una comunidad que sea ampliación de la familia de Jesucristo y «*levadura*» para el crecimiento del Reino de Dios y para la promoción de los más altos valores del hombre (cf. *ibid.*, 34). Trabajando por Cristo y con Cristo, el misionero se empeña en favor

de una justicia, una paz y un desarrollo, no ideológicos pero sí reales. Colabora de este modo a la construcción de la civilización del amor.

El Concilio Vaticano II ha querido reafirmar con todo vigor el concepto —tan estimado por la tradición de los Padres de la Iglesia— de que la familia cristiana, constituida por la gracia sacramental, refleja el misterio de la Iglesia en la parcela doméstica (cf. *Lumen Gentium*, 11). La Santa Trinidad habita en la familia fiel; ésta, por la virtud del Espíritu, participa de la solicidad de toda la Iglesia por la misión, contribuyendo a la animación y cooperación misioneras.

Es oportuno recordar que los dos santos Patronos de las misiones —al igual que tantos otros misioneros del Evangelio— gozaron en su infancia de un ambiente familiar auténticamente cristiano. San Francisco Javier expresó en su vida misionera la generosidad, la lealtad y el profundo espíritu religioso que él había experimentado en el seno de su familia y muy particularmente en la compañía de su madre. Santa Teresa del Niño Jesús, por su parte, escribe con su característica sencillez: «*Dios se ha complacido en rodearme siempre de amor. Mis primeros recuerdos guardan la huella de las más tiernas sonrisas y caricias*» (*Historia de un alma*, Manuscrito A, f. 4v).

La familia participa en la vida y en la misión eclesial en un triple plano de acción evangelizadora: en su propio interior, en la comunidad a la que pertenece y en la Iglesia universal. El sacramento del matrimonio, en efecto «*constituye a los cónyuges y a los padres cristianos, testigos de Cristo 'hasta los extremos confines de la tierra', en verdaderos y reales 'misioneros del amor y de la familia'*» (*Familiaris consortio*, 54).

La familia es misionera antes que nada por medio de la plegaria y del sacrificio. Como toda oración cristiana, también la familiar ha de incluir la dimensión misionera, de modo que resulte eficaz para la evangelización. Por este motivo los misioneros —a tenor de la lógica evangélica— sienten la necesidad de solicitar constantemente oraciones y sacrificios como ayuda valiosísima para su trabajo evangelizador.

Orar con espíritu misionero comporta varios aspectos, entre los que destaca la contemplación de la acción de Dios que nos salva por medio de Jesucristo. De este modo la oración se convierte en una vibrante acción de gracias por la evangelización que nos ha sido dada y que continúa difundándose por todo el mundo; al mismo tiempo, esa oración se expresa en petición al Señor para que nos haga dóciles instru-

mentos de su voluntad, concediéndonos los medios morales y materiales que son indispensables para la construcción de su Reino.

Complemento inseparable de la oración es el sacrificio, tanto más eficaz cuanto más generoso. Es de valor inestimable el dolor de los inocentes, de los enfermos, de los pacientes, de cuantos padecen opresión y violencia, de todos aquellos que se unen de manera especial, en el camino de la Cruz, a Jesús redentor de todo hombre y de todo el hombre.

Opiniones y acontecimientos, problemas y conflictos, logros y fracasos de todo el mundo, ejercen —gracias al impacto persuasivo de los medios de comunicación social— una influencia notable en las familias. Los padres, por ello, desarrollan el cometido que les es propio, cuando comentan junto con sus hijos las noticias, las informaciones y las opiniones y cuando críticamente reflexionan sobre cuanto los medios de comunicación introducción en sus hogares; más aún cuando se comprometen a acciones concretas.

La familia, al actuar así, responde a la función más genuina de la comunicación social que consiste en promover la comunión y el desarrollo de la familia humanas (cf. *Communio et Progressio*, 1; *Aetatis novae*, 6-11). Este objetivo no puede menos que ser compartido por todo apóstol del Evangelio. A la luz de la fe ha de perseguirlo en la perspectiva de la civilización del amor.

La actuación en el delicado y complejo ámbito de los «*mass-media*» exige inversiones notables de capacidad humana y de medios económicos. Agradezco a todos cuantos contribuyen con generosidad a que, entre los innumerables mensajes que recorren todo el planeta, no falte la voz, cálida y firme, del que anuncia a Cristo, salvación y esperanza para todo hombre.

La expresión más alta de generosidad es el don completo de uno mismo. En la ocasión del DOMUND no puedo menos que dirigirme muy particularmente a los jóvenes. ¡Mis queridos jóvenes! El Señor os ha dado un corazón abierto a grandes horizontes. ¡No temáis comprometer toda vuestra vida en el servicio a Cristo y a su Evangelio! Escuchadle porque también hoy os repite «*La mies es mucha, los obreros pocos*» (Lc 10, 2).

Me dirijo también a vosotros, padres. Que no se apaguen en vuestros corazones la fe y la disponibilidad si el Señor os bendice llamando a un

hijo o a una hija a ser misioneros. ¡Dadle gracias! Más aún: haced que este llamamiento encuentre un ambiente predispuesto por la plegaria familiar, por una educación rica en coraje y entusiasmo, por el ejemplo diario de atención al prójimo, por la participación en las actividades parroquiales y diocesanas, por el compromiso en las asociaciones y en el voluntariado.

La familia que cultiva el espíritu misionero hasta el punto de modular el modo de vivir y toda la educación, prepara el terreno para la siembra del llamamiento de Dios y refuerza al mismo tiempo los vínculos afectivos y las virtudes cristianas de todos sus miembros.

La Virgen María, Madre de la Iglesia, y San José, su esposo, a los que con confianza invocan todas las familias cristianas, hagan que en toda comunidad doméstica se desarrolle durante todo el año el espíritu misionero, al objeto de que toda la humanidad, en Cristo, se convierta «*en familia de los hijos de Dios*» (*Gaudium et Spes*, 92).

Con estos votos invoco sobre los misioneros presentes en todo el mundo así como también sobre todas las familias cristianas —y de modo especial sobre las que están comprometidas en el anuncio del Evangelio— los dones del divino Espíritu. Os imparto a todos la Bendición Apostólica.

Dado en el Vaticano a 22 de mayo, Solemnidad de Pentecostés, del año 1994, décimo sexto de mi Pontificado.

JUAN PABLO II

APREMIANTE LLAMAMIENTO EN FAVOR DE LOS INDIGENAS

Discurso de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal de Guatemala (4-3-94)

Queridos hermanos en el Episcopado:

1. Sed bienvenidos a este encuentro colegial, que es para mí motivo de profunda alegría, y con el que culmina vuestra visita ad limina Apostolorum la cual —en palabras del Concilio Vaticano II— es signo de comunión con la Sede Apostólica, en continuidad con la «disciplina más antigua, según la cual los obispos de todo el mundo estaban relacionados entre sí y con el Obispo de Roma con vínculos de unidad, de caridad y de paz» (Lumen gentium, 22).

Se trata, además, de una peregrinación a los orígenes de la Iglesia para venerar las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo como expresión de inquebrantable unidad en el amor de Cristo, el pastor supremo (cf. 1 P 5, 4).

En vosotros saludo a las Iglesias particulares de Guatemala confiadas a vuestro cuidado pastoral y, de modo especial, a cuantos comparten con vosotros de manera más directa la misión de la evangelización: Sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y laicos comprometidos.

A todos los queridos hijos de Guatemala les aseguro mi recuerdo constante en la plegaria a la vez que formulo fervientes votos para que el Señor haga muy fecunda su labor apostólica en el marco de la nueva evangelización.

Llamada a la conversión

2. En vuestro documento colectivo 500 años sembrando el Evangelio afirmáis: «En esta hora privilegiada de la historia asumimos con un renovado entusiasmo el proyecto de la nueva evangelización e invitamos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a construir una

sociedad más justa, humana, fraterna y democrática» (Introducción). Como señalé en el discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Santo Domingo, «en verdad, la llamada a la nueva evangelización es ante todo una llamada a la conversión. En efecto, mediante el testimonio de una Iglesia cada vez más fiel a su identidad y más viva en todas, sus manifestaciones, los hombres y los pueblos de América Latina, y de todo el mundo, podrán seguir encontrando a Jesucristo, y en él la verdad de su vocación y su esperanza, el camino hacia una Humanidad mejor» (n. 1). La nueva evangelización deberá preservar, pues, las riquezas espirituales de vuestro pueblo y favorecer en todos una conversión cada vez más coherente con el Evangelio; ella ha de llevar a todos los fieles a penetrar cada vez más en el misterio de Cristo.

Anuncio y denuncia

3. «El misterio de Cristo en su integridad» (Cristus dominus, 12), queridos hermanos, debe ser en todo momento el punto central de vuestra acción evangelizadora. Las grandes verdades de la fe, que la liturgia nos recuerda cíclicamente, deben ser propuestas al pueblo cristiano de forma viva, actual y atractiva para suscitar una mayor participación personal y comunitaria, y corroborar así la adhesión firme a los misterios que se celebran. Cuando el obispo ofrece el sacrificio eucarístico y celebra los sacramentos, transmite aquello que él mismo ha recibido de la tradición que viene del Señor (cf. 1 Co 11, 25) y de esta forma edifica la Iglesia. Es, pues, necesario que tales celebraciones ocupan un lugar prioritario en la acción pastoral y en la vida de los fieles. Mediante la proclamación de la palabra, la administración de los sacramentos y demás medios de santificación se verá robustecida la acendrada religiosidad del pueblo guatemalteco y será la mejor garantía para afrontar los graves retos que hoy se presentan a las Iglesias y a la misma sociedad. Hago ferviente votos para que la celebración del IV Centenario del Santo Cristo de Esquipulas, que tendrá lugar el año próximo, sea ocasión propicia para una profunda renovación espiritual, basada en una participación más activa y consciente en la vida litúrgica y sacramental, e impulse en las diócesis y parroquias, en las

comunidades y movimientos apostólicos, un vigoroso dinamismo en las tareas de la nueva evangelización.

Vosotros, como «verdaderos y auténticos maestros de la fe, pontífices y pastores» (Christus Dominus, 2), habéis sido puestos por Dios para enseñar con autoridad la verdad revelada, lo cual conlleva la función de vigilancia para prevenir los errores. Por ello, os recuerdo encarecidamente que en el ejercicio de vuestra misión magisterial realicéis también un sereno y genuino discernimiento doctrinal y práctico que ilumine y guíe a los agentes de pastoral y a todos los fieles. Una reflexión teológica que distorsionara la palabra de Dios con arbitrarios reduccionismos y relecturas subjetivas no podría ser aceptada por la Iglesia, aunque con ello se pretendiera denunciar la injusticia, pues «el anuncio es siempre más importante que la denuncia, y esta no puede prescindir de aquel, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta» (Sollicitudo rei socialis, 41).

Defender a los indígenas

4. Mirando a la realidad de vuestro país con los ojos de la fe, habéis reiterado incansablemente la necesidad de reconciliación y perdón, en un esfuerzo común por lograr, mediante el diálogo y los medios pacíficos, la superación del enfrentamiento armado y los persistentes antagonismos, desequilibrios e intereses contrapuestos, que obstaculizan el proceso de paz.

La causa de la justicia y de la paz es plenamente asumida por la Iglesia en su servicio al hombre, particularmente el más necesitado. Una causa integrada en su doctrina social «para favorecer tanto el planteamiento correcto de los problemas, como de sus soluciones mejores» a fin de lograr «un desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad que respete y promueva en toda su dimensión la persona humana» (*ibid.*, 41). Ser sembradores de justicia y de paz significa defender y difundir sus postulados a todos los niveles y, a la vez, señalar sus violaciones como algo contrario al Evangelio y a la dignidad de la persona. Por eso, los objetivos de la justicia y de la paz, no sólo exigen combatir las estructuras que se le oponen, sino también el pecado personal, sobre todo el egoísmo, que está en la base de las confrontaciones y de las estructuras injustas.

«Todo el que no obra la justicia —nos dices San Juan— no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano» (1 Jn 3, 10). Sembrar la justicia es, para el cristiano, sacar de la propia fe y de los principios del Evangelio la fuerza e inspiración para cambiar las situaciones concretas con métodos evangélicos, es decir, mediante el diálogo, la solidaridad, el amor. Por ello es siempre reprochable el recurso a la violencia y al odio como medios para conseguir una meta de pretendida justicia.

En este marco adquiere especial relieve la mencionada Carta pastoral colectiva, con la que habéis hecho un apremiante llamado en favor de un sector de vuestro pueblo, particularmente afligido por la pobreza y el abandono: Los indígenas. Conozco la solicitud pastoral con que habéis asumido la misión de hacer cada vez más presente a Jesucristo en medio de las comunidades indígenas, que representan más de la mitad de la población guatemalteca. La Iglesia no puede quedar en silencio ni pasiva ante la marginación de muchos de estos hermanos nuestros; por eso, los acompaña, siguiendo en todo momento los criterios de paz y amor del Evangelio, en especial cuando se trata de defender los legítimos derechos a sus propiedades, al trabajo, a la educación y a la participación en la vida pública del país. Motivo de consuelo es comprobar que numerosos refugiados retornan a Guatemala y, aunque no sin dificultades, se están reintegrando en la vida ciudadana. Llevadles, pues, el saludo y la bendición del Papa, especialmente a cuantos sufren todavía la separación de su propia tierra y de sus seres queridos.

El avance de las sectas

5. Motivo de particular preocupación, en vuestra solicitud de pastores, es el avance de las sectas, que siembran confusión entre los fieles y deforman el contenido del mensaje evangélico. Es cierto que las persistentes campañas proselitistas de movimientos y grupos «pseudoespirituales»? —como los define el documento de Puebla (n. 628)— buscan, ante todo, resquebrajar la unidad católica de vuestro pueblo. Como señalé en el discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, «al preocupante fenómeno de las sectas hay que responder con una acción pastoral que ponga en el centro de todo a la persona, su dimensión comunitaria y su anhelo de una relación personal

con Dios. Es un hecho que allí donde la presencia de la Iglesia es dinámica, como es el caso de las parroquias en las que se imparte una asidua formación en la palabra de Dios, donde existe una liturgia activa y participada, una sólida piedad mariana, una efectiva solidaridad en el campo social, una marcada solicitud pastoral por la familia, los jóvenes y los enfermos, vemos que las sectas o los movimientos parareligiosos no logran instalarse o avanzar» (Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, n. 12).

La familia, santuario del amor

6. En este Año de la Familia, quiero dirigir, por vuestro medio, un especial mensaje de aliento y esperanza a las queridas familias guatemaltecas. A ellas, que son los santuarios del amor y de la vida (cf. Centesimus annus, 39), les exhorto a ser verdaderas Iglesias domésticas, lugar de encuentro con Dios, centro de irradiación de la fe, escuela de vida cristiana. Como he puesto de relieve en la reciente carta que he dirigido a las familias del mundo, «la familia es el centro y el corazón de la civilización del amor» (n. 13). «El futuro de la Humanidad se fragua en la familia; por consiguiente, es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia» (Familiaris consortio, 86).

Son bien conocidos los problemas que en nuestros días acechan al matrimonio y a la institución familiar: Divorcio, aborto, campañas anti-natalistas —en contraposición a la verdadera paternidad responsable (cf. Gaudium et spes, 50-51)— uniones consensuales libres, deterioro de los principios éticos y morales. Por eso, es necesario presentar con autenticidad el ideal de la familia cristiana, basado en la unidad y fidelidad de los cónyuges, abierto a la fecundidad, guiado e iluminado por el amor. Exhorto, pues, a todos a no desistir en la defensa de la dignidad de toda vida humana, en la indisolubilidad del matrimonio, en la fidelidad del amor conyugal, en la educación de los niños y de los jóvenes según los principios cristianos, frente a las ideologías ciegas que niegan la trascendencia y a las que la historia reciente ha descalificado al mostrar su verdadero rostro. Que en el seno de los hogares cristianos, los jóvenes, que son la gran fuerza y esperanza de un pueblo, puedan

descubrir ideales altos y nobles que satisfagan las ansias de sus corazones y les aparte de la tentación de una cultura insolidaria y sin horizontes que conduce irremediablemente al vacío y al desaliento.

Unidad entre los obispos

7. Amados hermanos, doy fervientes gracias a Dios por haberme permitido compartir con vosotros la solicitud pastoral que anima vuestro ministerio para bien de la Iglesia en Guatemala. Os aseguro mi oración y mi participación espiritual en vuestros trabajos apostólicos. Ya sabéis que para lograr el mejor resultado en vuestra labor evangelizadora es sumamente importante caminar unidos, intensificando entre vosotros, los pastores, la comunión de voluntades y propósitos que ya os anima. La unidad entre los obispos es garantía de eficacia apostólica y testimonio de fidelidad a la voluntad de Cristo, que ruega insistentemente «para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en tí, para que el mundo crea que tú me ha enviado» (Jn 17, 21). La unidad —afectiva y efectiva— entre los obispos de una misma nación es hoy más necesaria que nunca, particularmente teniendo en cuenta los apremiantes desafíos con que habéis de enfrentaros. Esta constante unidad, querida por Cristo, no se frunda en simples motivaciones humanas sino que nace de la común exigencia de ser dignos pastores de la Iglesia de Dios, y que debe manifestarse también en vuestra actuación colegial. Cada obispo tiene, ciertamente, su propia experiencia pastoral y puede considerarse un problema determinado desde un punto de vista distinto. Sin embargo, ante los retos de la hora presente, «la caridad de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14) a buscar siempre lo que nos une, dando así testimonio de una labor apostólica unitaria para la construcción del Reino de Dios y para la edificación espiritual de la propia comunidad diocesana. Por lo que se refiere a la colegialidad, el Vaticano II nos recuerda que «sobre todo en nuestros días, los obispos a menudo no pueden desempeñar su función adecuada y eficazmente si no realizan su trabajo de mutuo acuerdo y con mayor coordinación, en unión cada vez más estrecha con otros obispos» (Christus Dominus, 37). El mismo espíritu de comunión y colaboración ha de existir y crecer también entre vosotros y los presbíteros, a los que se les ha confiado la tarea diaria de guiar

al pueblo cristiano. Acompañadlos con afecto paternal y confianza. Compartid con ellos sus problemas y sus anhelos apostólicos.

Antes de concluir deseo agradeceros vivamente vuestra entrega pastoral en fidelidad a nuestro Señor Jesucristo. Ya han pasado diez años desde mi visita pastoral a Guatemala, país del que conservo entrañables recuerdos y por el cual siento profundo afecto. Todavía recibo cartas de vuestros fieles en las que evocan los inolvidables encuentros de aquellos días. Permitidme hoy que reitere la exhortación a amar a la Iglesia, que dirigí durante la celebración en el Campo de Marte, donde se congregó la mayor asamblea de personas hasta entonces conocida en Centroamérica: «A esta Iglesia debéis amar siempre; a ella, que con el esfuerzo de sus mejores hijos tanto contribuyó a forjar vuestra personalidad y libertad: Que ha estado presente en los acontecimientos más gloriosos de vuestra historia; que ha estado y sigue estando a vuestro lado, cuando la suerte os sonríe o el dolor os abrumba; que ha tratado de disipar la ignorancia, proyectando sobre la mente y el corazón de sus hijos la luz de la educación desde sus escuelas, colegios y universidades; que ha alzado y sigue alzando su voz para condenar injusticias, para denunciar atropellos, sobre todo contra los más pobres y humildes; no en nombre de ideologías —sean del signo que fueren— sino en nombre de Jesucristo, de su Evangelio, de su mensaje de amor y de paz, de justicia, verdad y libertad» (Homilía, 7 de marzo de 1993, n. 4).

Anunciar la esperanza

8. Que el Espíritu Santo, que se nos infundió de modo particular con la ordenación episcopal, os haga cada vez más fieles y audaces para anunciar la esperanza de la salvación mediante la palabra de verdad y para reunir a los fieles de vuestras diócesis en una auténtica comunión de vida eclesial. Que la Santísima Virgen, que es vida, dulzura y esperanza nuestra, os obtenga de su divino Hijo, príncipe de la paz, el anhelado don de la paz, que ponga fin a los enfrentamientos y haga reinar en todos los corazones sentimientos de solidaridad y amor cristiano.

Con estos deseos, os imparto la bendición apostólica, que extendiendo complacido a los sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas y a todos los amadísimos hijos de vuestras Iglesias particulares.

(«O.R.», 5-3-94)

